

MARATON DE CUENTOS

Un espacio tradicional en el litoral uruguayo, del escritor de nuestro depto. *Ademar Alves*.

Amigos

Sentir la angustia de la espera puede ser lacerante para los corazones fuertes.

Pobres corazones marchitos son los que no sufren ni esperan nada de la vida.

Por eso el Tico sufre y se acomoda contra la puerta para "sacar otro cortito" en esa madrugada estival, esperando la salida del sol, y con él, que salga Hugo, para ir juntos a la lechería de Castellano. Tico, con sus ocho años recién cumplidos, aparenta seis por su anatomía. Pero sus ojos marrones y charlantes, con un algo de melancolía por la desnutrición y los golpes prematuros de la vida, infunde respeto y un algo de enano por el desequilibrio ojos-cuerpo; que a su vez actúa como un rasgo particular de su personalidad. Su paciencia estoica le da un cierto aire de sin tiempo ni espacio. De filósofo

griego con sus pies descalzos. Los primeros rayos solares le da un dorado de bronce a su cabellera enmarañada azabache, acentuando aún más el cobrizo aindiado de sus pómulos salientes.

Tico vive a media cuadra de la casa de Hugo. Al despertar el alba su madre se levanta sigilosamente para ir a trabajar. Y él, con ese instinto de cordón umbilical aún sin cortar, se levanta casi pisándole los talones.

Ella enciende el fuego con sus brazas aún encendidas de la noche anterior. Mientras se calienta el agua para el mate trotea arreglando las camas y pelando la papa para que Tico se haga la papa frita con algún huevo si tiene suerte de que ponga temprano alguna gallina. Tico, aún soñoliento la sigue con la mirada por todos lados, prolongando el triste desenfado de lavarse la cara con agua fría a pesar de ser verano.

La madre, entre mate y mate le prepara un litro de mate cocido bien dulce y caliente. Tico se engulle casi atragantándose con la media galleta.

Aún masticando, acompaña media cuadra su madre y corre a hacer la guardia a Hugo.

El no puede discernir qué existe entre ellos. Lo que siente es que cuando están juntos le pasan muy bien. Y cuando no se ven, están pendientes el uno del otro, buscándose porque se extrañan y quieren estar juntos. Allá a las cansadas se abre la puerta y aparece Hugo con la lechera de aluminio y una galleta que comparte con él aún antes de saludarse.

No hablan mucho en esos momentos, el sueño y el rítmico masticar, con ese andar juntos; es suficiente diálogo sin palabras que va pronunciando en todo momento que en estos niños exista una verdadera y pura amistad.

Aprendiendo a leer (V)

Gran parte de la permeabilidad mental para absorber lo leído, ya está determinado desde mucho antes de tomar el libro. La intencionalidad es el guardián hosco y firme que está encargado de abrir o cerrar las compuertas de la corteza cerebral.

Todo libro puede dejarnos enseñanzas. Por eso no debemos insistir a los recién iniciados con un repertorio de buenos libros. Aquí pondremos una comparación de parejas. De nada sirve la hermosura y las cualidades morales cuando no es apreciada por su cónyuge. He visto y

creo que ustedes también, a muchos hombres y mujeres que teniendo parejas excelentes, codiciadas por muchos (o muchas) que en vez de disfrutar y cuidar el tesoro que tienen en casa, salen a buscar afuera lo que tienen cerca.

Es un defecto que la mayoría tenemos, esa creencia de que lo lindo y bueno está siempre lejos de nosotros. Recién se valora cuando ya es demasiado tarde. Esta es otra comprobación, al alejarse la otra parte, se perciben sus cualidades.

Algo parecido pasa con los libros. De nada

sirve tener los mejores libros si no lo leemos. He visto casas con ricas bibliotecas y paradójicamente no haber ni un solo integrante con hábitos de lectura. Un libro no enseña por contagio de proximidad.

Una buena escuela de baby fútbol, deja que los niños «chiveen» con la pelota y de tanto en tanto les van inculcando las técnicas de juego.

Dejad que los niños lean libremente, la orientación de la lectura es más fácil cuando se tiene integrado el hábito.

ESCRIBE:
Ademar Alves.